

cuenta de lo rápido que fué este cambio, el lector no tiene más que suponer por un momento que la teoría de la evolución se hubiera formulado en el siglo dieciseis en cualquiera parte de Europa y calcular cuál hubiera sido el destino del sabio que la hubiera formulado.

Hoy en día comienza a ser costumbre abominar y maldecir al siglo diecinueve, el siglo que nuestros padres, entusiastas y engreídos, bautizaron con el nombre del «siglo de las luces»; y una de las manifestaciones de esta aversión es la desconfianza y aun el horror ante la enseñanza tal como la concibieron y preconizaron los mejores espíritus de ese siglo. Se pretende ya que la enseñanza no debe consistir en la preparación del entendimiento para deliberar por sí mismo, para llegar por sí solo a una interpretación del universo en general y de los fenómenos que nos rodean y que nos interesan en particular, sino que debe consistir en amoldar el entendimiento a un patrón dado: algo parecido a lo que hacían los buenos de los misioneros con los indios de América. Sino que, debilitada y descaecida la religión, se imponen ogaño a los estudiantes dogmas sociales y económicos, tan ortodoxos y tan estrictos como los que inculcaban los clérigos de la conquista a sus candorosos catecúmenos.

La enseñanza en los Estados Unidos encuéntrase, como todo el mundo lo sabe, en un grado admirable de desarrollo. No solamente el erario de la nación, de los estados y de los municipios gasta enormes sumas en la instrucción del pueblo, sino también que a ella contribuyen los donativos particulares; y los institutos, colegios y universidades, sostenidos con estos donativos son numerosos y opulentos. Esto, que a los comienzos pareció un fenómeno digno de encomio y que encendió muchas esperanzas, ha venido a convertirse a la postre en un peligro para la inteligencia y el carácter de las nuevas generaciones, al decir de muchas personas de autoridad en estas materias. Un novelista que suele armar bastante bulla con sus libros, Mr. Upton Sinclair, acaba de publicar una obra intitulada *The Goose Step* («El paso de ganso», por alusión al paso militar de los soldados alemanes) en el cual denuncia a las más de las universidades y colegios de los Estados Unidos como focos de obscurantismo y de propaganda «capitalista». Sinclair escribe como socialista militante; y quizás algunos podrían objetar que sus conclusiones son las de un escritor sectario empeñado en desacreditar el actual régimen político y la actual organización económica de la república.

Pero hay muchas personas que sin

ser socialistas ni radicales discuten con viveza los sistemas en vigor y los denuncian como temerarios y embrutecedores; y lo más grave es que algunas de esas personas son especialistas en pedagogía. Como desde la época de la guerra europea los hispanos ribereños del Caribe se mostraron inclinados a venir a estudiar a los Estados Unidos, en vez de ir a Europa, como era lo tradicional, les importa—y mucho sin duda—enterarse de lo que aquí se dice acerca de esas tendencias de la enseñanza. Prescindiremos aquí de la enseñanza elemental y secundaria, para hablar de la superior, limitándonos por ahora a cierto caso que está armando bastante bulla en los periódicos.

El presidente, o rector, como nosotros decimos, del Armherst College, situado en la ciudad de su nombre, en el estado de Massachusetts, tuvo que renunciar a su cargo porque sus procedimientos pedagógicos no estaban de acuerdo con las ideas y propósitos de los fideicomisarios encargados de la administración de los fondos con los cuales se sostiene el colegio. El rector, el doctor Meiklejohn, es, según el consenso de los que han hablado del asunto, un hombre de ciencia, dedicado profesionalmente a la enseñanza. Los fideicomisarios son: un fabricante de zapatos de Boston, un socio del banco de Morgan de Nueva York, un socio de una casa editorial también de Nueva York, un sacerdote de la iglesia congregacional, residente en Hartford, Connecticut, y un hermano del vicerrector del mismo colegio. Ninguno de ellos—salvo el clérigo, que es profesor de apologética en otro colegio—es hombre que sepa de enseñanza. ¿Cuáles, pues, son los motivos que los inducen a destituir a un profesor de competencia incontestada? Entre las razones aducidas para explicar por qué la junta de fideicomisarios pidió la dimisión del rector figuran las siguientes:

El rector introdujo en el instituto el método socrático de enseñanza: dejaba que los estudiantes, por su propia cuenta, sacaran conclusiones de los conocimientos adquiridos, método que aplicó aun a las clases de principiantes. Se sabe que Sócrates pagó con la vida el haber establecido una enseñanza de este linaje.

Aumentó el número de profesores jóvenes, poniéndose así en pugna con los profesores viejos.

El colegio vió decaer su «prestigio» como centro atlético. Los deportes, que entre los hispanoamericanos parecen cosa baladí, o, por lo menos, cosa subalterna, asumen importancia principalísima en la vida universitaria de los Estados Unidos. Según se ha dicho, se ha visto el caso de que una univer-

sidad finque más orgullo en sus alumnos que resultan grandes o habilísimos jugadores de *base ball* o de *foot ball*, o remeros de gran resistencia y vigor, que en sus alumnos que salen hombres de ciencia, escritores o artistas sobresalientes.

La oposición del rector a que discurrieran en las aulas oradores que hablaran en pro de la preparación militar intensa de los Estados Unidos, a menos que se encontraran a la mano otros oradores que hablaran en contra de la misma medida, a fin de que los alumnos pudieran pesar por sí mismos el pro y el contra.

Tales son los principales motivos que le atribuyen al incidente los comentaristas moderados. Los conservadores censuran al rector y tachan de peligroso y de disociador su sistema, mientras que los radicales alegan que si lo despiden del cargo es porque enseña a pensar a los jóvenes y la plutocracia no quiere maestros que enseñen a pensar sino maestros que maten en sus discípulos los gérmenes de la inquietud y de la rebelión espiritual—para lo cual dicen que sirven maravillosamente los deportes—dejándolos maduros para la obediencia ciega y mecánica, la «obediencia de cadáver».

Este es uno de los más graves peligros de la enseñanza. Muchos ricos que hacen espléndidos donativos a instituciones de educación, los hacen nombrando administradores que velen porque la enseñanza que se paga con sus donativos concorra y se enderece a determinados fines sociales, políticos o económicos. Con lo cual tenemos que existen focos de educación sistemáticamente conservadora y focos de educación sistemáticamente revolucionaria: ni unos ni otros se proponen formar hombres educados sino formar buenos sectarios: hombres obedientes los unos, hombres rebeldes los otros. Lo que se enseña en la Rand School de Nueva York olería a infernales vapores de alcrebite en los claustros de cualquiera universidad tradicionalista o conservadora. Lo cual quiere decir que la mayor parte de la enseñanza es cuasi sectaria; y que no está lejano el día en que se llegue, como cosa lícita, a la ocultación de hechos históricos o de fenómenos físicos, fisiológicos o políticos que choquen o pugnen con las teorías ortodoxas consagradas por una o por otra secta.

Se dice que inculcarles las ideas tradicionales a los jóvenes es el mejor modo de conservar la tranquilidad social. No es fácil que ello sea factible, pero, de lograrse, acarrearía el estancamiento primero y quizás la regresión intelectual a la postre. Quizás con otra forma de gobierno sus consecuencias podrían disimularse por algún tiempo, pero en una democracia